

NOTA DEL TRADUCTOR

Las grandes sátiras, con los años, pierden en el detalle y ganan en aplicación universal. ¿De quién se burlaba Quevedo? ¿A quiénes atacaban Juvenal o Marcial? ¿A qué hechos o situaciones concretas se refería Swift? No nos importa: la ferocidad del texto parece dirigirse contra tipos humanos que van repitiéndose a lo largo de los siglos en múltiples situaciones, y la aprehendemos con tanta fuerza como si estuviésemos al corriente del último cotilleo contemporáneo del autor.

Nuestra pandilla es una serie de textos satíricos que Philip Roth fue publicando parcialmente en la *New York Review of Books* y que acabaron apareciendo en forma de libro en 1971. Los tiempos de Richard Nixon. Ha pasado más de un cuarto de siglo desde entonces. Muchas de las personas y los hechos de que el autor se burla con su humor más feroz siguen muy vivos en la memoria colectiva de los norteamericanos y todavía no se han borrado por completo de la memoria colectiva occidental. Pero, claro, esta sátira se escribió para unos lectores que en su momento conocían muy bien a Richard Nixon y su «pandilla» y que entendían perfectamente lo que Roth sugería con cada nombre falso, cada latiguillo verbal, cada gesto parodiado, cada situación caricaturizada.

En la traducción al español hemos optado por confiar en el valor literario de la sátira, renunciando a distraer al lector con la explicación de cada referencia. En realidad, qué importa quién fuera en concreto el secretario de Enjuagues de la Casa Blanca: su propio cargo lo hace universal.

*A Mildred Martin, de la Bucknell University,
Robert Maurer, ahora en el Antioch College,
y a Napier Wilt, de la Universidad de Chicago,
tres profesores a los que estoy especialmente agradecido
por las enseñanzas y el ánimo que me dieron.*

... Y acudieron a mi memoria frecuentes Conversaciones con mi Maestro sobre la Naturaleza de la Madurez, en otras Partes del Mundo; lo cual dio ocasión a que tratáramos de la *Mentira* y de la falsa *Representación*, con gran Dificultad por su parte para comprender lo que yo le decía; a pesar de su muy penetrante Discernimiento en todas las materias. Porque argüía lo siguiente: Que el Uso de la Palabra tenía por objeto que nos comprendiésemos los unos a los otros y para recibir información de los Hechos; luego si alguien *expresaba lo que no era*, dicho fin quedaba sin cumplir; porque no podía afirmarse con propiedad que yo lo comprendiera; y estoy tan lejos de recibir Información, que me deja peor que en la Ignorancia; porque se me conduce a creer que una cosa es *Negra* siendo *Blanca*, y *Corta* siendo *Larga*. Y hasta ahí alcanzaba su noción de la Facultad de Mentir, que tan perfectamente comprenden y tan universalmente practican las Criaturas humanas.

JONATHAN SWIFT,
Viaje al país de los Houyhnhms, 1726

... deberíamos reconocer que el actual caos político guarda relación con la decadencia del lenguaje y que podríamos conseguir alguna mejora si empezáramos por lo verbal... El lenguaje político –y, con variantes, ello es cierto de todos los partidos políticos, desde el Conservador al Anarquista– está pensado para que las mentiras suenen a verdades y el crimen parezca respetable, y para conferir apariencia de solidez el aire puro.

GEORGE ORWELL,
«Politics and the English Language», 1946

POR MIS CONVICCIONES PERSONALES Y RELIGIOSAS CONSIDERO QUE EL ABORTO ES UNA FORMA INACEPTABLE DE CONTROL DE LA POBLACIÓN. ADEMÁS, EL PLANTEAMIENTO NO RESTRICTIVO DEL ABORTO O EL ABORTO POR ENCARGO ME RESULTAN IMPOSIBLES DE CONCILIAR CON MI FE EN EL CARÁCTER SAGRADO DE LA VIDA HUMANA, INCLUIDA LA VIDA DE LOS NONATOS, PUES QUÉ DUDA CABE DE QUE LOS NONATOS TAMBIÉN TIENEN SUS DERECHOS, QUE LA LEY RECONOCE, QUE ESTÁN RECONOCIDOS INCLUSO EN PRINCIPIOS EXPUESTOS POR LAS NACIONES UNIDAS.

RICHARD NIXON
SAN CLEMENTE, 3 DE ABRIL DE 1971

1

TRICKY RECONFORTA A UN
ATRIBULADO CIUDADANO

CIUDADANO: Señor presidente, quiero felicitarle a usted por haber proclamado el 3 de abril el carácter sagrado de la vida humana, incluida la del nonato. Hacía falta mucho valor para ello, sobre todo a la luz de los resultados electorales de noviembre.

TRICKY: Muchísimas gracias. Podría haber optado por lo más popular, qué duda cabe, proclamándome *en contra* del carácter sagrado de la vida humana. Pero francamente, prefiero ser presidente de una sola legislatura, haciendo lo que considero correcto, a ser presidente de dos legislaturas, adoptando una actitud tan fácil. A fin de cuentas, he de atender a mi conciencia tanto como al electorado.

CIUDADANO: Su conciencia, señor presidente, nos tiene a todos maravillados.

TRICKY: Muchas gracias.

CIUDADANO: Me gustaría saber si puedo hacerle una pregunta que guarda relación con el teniente Calley y su condena por la muerte de veintidós civiles vietnamitas en My Lai.

TRICKY: Ciertamente. Supongo que saca usted esto a colación como un ejemplo más de mi negativa a tomar las medidas que más popularidad podrían granjearme.

CIUDADANO: ¿Cómo es eso, señor presidente?

TRICKY: Bueno, visto el clamor público que se alzó contra esta condena, lo que mejor habría acogido la gente, con mucho, habría sido que yo, comandante en jefe, hubiera condenado a esos veintidós civiles desarmados por conspiración para matar al teniente Calley. Pero si echa un vistazo a los periódicos, podrá comprobar usted que me negué a hacer tal cosa, que opté por limitarme a reconsiderar la cuestión de la culpabilidad del teniente, y no la de ellos. Como acabo de decirle, si hace falta, prefiero ser presidente de una sola legislatura. Y permítame dejar otra cosa perfectamente clara, ahora que hablamos de Vietnam. No voy a inmiscuirme en los asuntos internos de otro país. Si el presidente Thieu tiene pruebas suficientes y desea juzgar a los veintidós lugareños de My Lai a título póstumo, de conformidad con alguna ley vietnamita relativa al culto de los antepasados, es asunto suyo. Yo, desde luego, no voy a inmiscuirme en el funcionamiento del sistema judicial vietnamita. Creo que el presidente Thieu y sus funcionarios de Saigón, debidamente elegidos, sabrán «apañárselas» solos en beneficio de la ley y el orden.

CIUDADANO: Señor presidente, lo que me viene inquietando es lo siguiente. Considerando que comparto con usted el convencimiento de que la vida humana es sagrada...

TRICKY: Lo felicito. Seguro que también le gusta a usted mucho nuestro fútbol.

CIUDADANO: Me gusta mucho, sí, señor. Gracias... Pero considerando que pienso lo mismo que usted en lo tocante al nonato, el caso es que me inquieta considerablemente la posibilidad de que el teniente Calley haya cometido algún aborto. Odio decirlo, señor presidente, pero me inquieta considerablemente pensar que alguna de esos veintidós civiles vietnamitas a quienes dio muerte el teniente Calley pueda haber sido una mujer encinta.

TRICKY: Oiga, espere un momento. En nuestra tierra, la tradición jurídica dice que todo el mundo es inocente mientras no se demuestre lo contrario. Había niños pequeños en la zanja esa de My Lai, y nos consta que había mujeres de *todas*

las edades, pero no he visto un solo documento en el que se apunte la posibilidad de que la zanja de My Lai contuviese una mujer *encinta*.

CIUDADANO: Pero, señor presidente, ¿y si uno de los veintidós era una mujer encinta? Suponga que algo así sale a la luz en el transcurso de su revisión judicial de la condena del teniente. Habida cuenta de que usted cree personalmente en el carácter sagrado de la vida humana, incluida la vida del nonato, ¿no podría este hecho ponerle a usted en una disposición muy contraria a la apelación del teniente Calley? Debo reconocer que en mí, en mi calidad de persona contraria al aborto, ello tendría un profundo efecto.

TRICKY: Pues mire, es muy honrado por su parte reconocerlo. Pero, en mi calidad de abogado con experiencia, creo que podría plantearme el asunto de un modo algo menos emocional. Para empezar, tendría que averiguar si el teniente Calley era *consciente* del hecho de que la mujer en cuestión estaba encinta *antes* de que él la matara. Está claro que si aún no se le notaba, bien podríamos llegar a la conclusión, me parece a mí, de que el teniente no podía conocer su estado; y, por consiguiente, desde ningún punto de vista podríamos considerarlo reo de aborto.

CIUDADANO: ¿Y si ella le dijo que estaba embarazada?

TRICKY: Buena pregunta. Ciertamente pudo intentar decirselo. Pero, habida cuenta de que el teniente Calley es norteamericano y no habla más que inglés, y que la lugareña de My Lai es una vietnamita que no habla más que vietnamita, no pudo haber ningún medio de comunicación verbal. En cuanto al lenguaje de signos, no creo que podamos condenar a un hombre por no comprender los gestos de una mujer que seguramente estaba histérica, por no decir loca.

CIUDADANO: No, no sería correcto, ¿verdad?

TRICKY: En resumen, pues, si a la mujer no se le notaba, no cabría afirmar que el teniente Calley haya incurrido en una forma inaceptable de control de la población, y a mí me

resultaría posible conciliar lo que hizo con mi fe en el carácter sagrado de la vida humana, incluida la vida del nonato.

CIUDADANO: Pero, señor presidente, ¿y si se le notaba?

TRICKY: En tal caso, como buenos abogados, habremos de plantearnos otra pregunta. A saber: ¿se creyó el teniente Calley que esa mujer estaba encinta, o supuso, equivocadamente, dado su lógico acaloramiento, que estaba algo entrada en carnes? A nosotros nos resulta muy fácil juzgar lo de My Lai, pasada la ocasión, pero el caso es que allí tienen una guerra en marcha, y no siempre cabe esperar que un oficial ocupado en la tarea de concentrar civiles desarmados en una zona sea capaz de distinguir entre una vietnamita gorda, común y corriente, y otra que se halla en la fase intermedia o incluso en la última fase de un embarazo. Claro está que si las embarazadas llevaran ropa de embarazadas, ello supondría una gran ayuda para nuestros muchachos. Pero, habida cuenta de que no, de que todas parece que se pasan el día en pijama, resulta casi imposible distinguir a las mujeres de los hombres, no digamos ya distinguir las embarazadas de las no embarazadas. Inevitablemente, pues —y esta es una de las cosas malas de estas guerras—, tendrán que producirse equívocos en esto de quién es quién, por aquellas tierras. Tengo entendido que hacemos todo lo posible por entrar en las aldeas con ropa premamá al estilo norteamericano, para que se las pongan las embarazadas y así faciliten su identificación por parte de la tropa cuando se produzcan matanzas, pero, como usted bien sabe, esta gente hace las cosas a su modo y no siempre consienten en lo que se les propone, aunque sea claramente por su propio bien. Y, claro está, no tenemos intención de obligarlos. Esa, a fin de cuentas, es la principal razón de que estemos en Vietnam: dar a esta gente el derecho a escoger su propio modo de vivir, según sus propias creencias y costumbres.

CIUDADANO: En otras palabras, señor presidente, el teniente Calley dio por sentado que la mujer no era más que una gorda cualquiera y la mató bajo el supuesto de que usted po-

dría conciliar este hecho con su fe en el carácter sagrado de la vida humana, incluida la vida del nonato.

TRICKY: Desde luego. Si descubro que el teniente dio por sentado que a la mujer le sobraban unos kilos, y nada más, puede estar usted completamente seguro de que no miraré la apelación con malos ojos.

CIUDADANO: Pero, señor presidente, supongamos, solo supongamos, que el teniente *sí* sabía que la mujer estaba encinta.

TRICKY: Bueno, ahora es cuando estamos llegando al meollo de la cuestión, ¿verdad?

CIUDADANO: Me temo que sí, señor.

TRICKY: Sí, ahora estamos abordando el tema del «aborto por encargo», que, sin duda alguna, es algo totalmente inaceptable para mí, sobre la base de mis convicciones personales y religiosas.

CIUDADANO: «¿Aborto por encargo?».

TRICKY: Si la tal mujer vietnamita se presentó al teniente Calley en solicitud de un aborto... Supongamos, por decir algo, que era una de esas chicas que salen por ahí y se lo pasan estupendamente y luego se niegan a afrontar las consecuencias; desgraciadamente, también las tenemos aquí, como las tienen allí: las inadaptadas, las perdidas, las promiscuas, las pocas que dan mala fama a tantas... Pero si esa mujer se presentó al teniente Calley en solicitud de un aborto, con ayuda de una nota que alguien le hubiera escrito en inglés, y el teniente Calley, con el acaloramiento y la presión de las circunstancias, llevó a cabo el aborto, en el transcurso del cual falleció la mujer...

CIUDADANO: Sí, creo que hasta ahora lo voy entendiendo a usted.

TRICKY: Bueno, pues no me queda más remedio que preguntarme si la mujer no es tan culpable como el teniente, por no decir más. No me queda más remedio que plantearme la duda: a fin de cuentas, ¿no será este un caso que debería llevarse ante los tribunales de Saigón? Seamos totalmente fran-

cos: para morir como consecuencia de un aborto, antes hay que solicitarlo, el aborto, porque de otro modo es imposible; hay que ponerse en el caso. Quedará perfectamente claro, supongo.

CIUDADANO: Muy claro, señor presidente.

TRICKY: De manera que, aun en el supuesto de que el teniente Calley hubiera participado en un caso de «aborto por encargo», a mí me parecería, hablando en términos estrictamente jurídicos, como abogado, que deben considerarse numerosas circunstancias atenuantes, la menor de las cuales no sería el intento de llevar a cabo una operación quirúrgica en el campo de batalla, con las limitaciones que ello implica. Diría yo que a más de un médico lo habrán condecorado por menos.

CIUDADANO: Condecorado, ¿por qué?

TRICKY: Por su valor, claro está.

CIUDADANO: Pero... Pero, señor presidente, ¿y si no era un «aborto por encargo»? ¿Y si el teniente Calley le practicó un aborto sin que ella lo hubiera pedido, ni sugerido, ni siquiera deseado?

TRICKY: ¿Se refiere usted a una forma radical de control de la población?

CIUDADANO: Bueno, lo que tengo en mente es más bien un puro y simple homicidio.

TRICKY (*pensándose*): Bueno, por supuesto, hay mucho condicional en este asunto, ¿verdad? Si... si... Es lo que los abogados llamamos un supuesto hipotético, ¿verdad? No se olvide de que solo estamos *suponiendo* que había una mujer embarazada en esa zanja de My Lai, para empezar. Suponga lo contrario, que no había ninguna mujer embarazada en la zanja, como, de hecho, parece haber sido el caso, a juzgar por las pruebas. En tal caso, usted y yo estaríamos sosteniendo una discusión completamente teórica.

CIUDADANO: Sí, señor presidente; en tal caso, sí.

TRICKY: Lo cual no quiere decir que no haya sido de gran valor para mí, sin embargo. Durante la revisión del caso del

teniente Calley, pondré especialísimo cuidado en averiguar si existe el menor vestigio de prueba de que una de esas veintidós personas de la zanja de My Lai fuera una mujer embarazada. Si se halla alguna prueba en tal sentido, si encuentro alguna prueba de que el teniente haya hecho algo que yo no pueda conciliar con mi fe en el carácter sagrado de la vida humana, incluida la vida del nonato, me declararé incompetente como juez y dejaré todo el asunto en manos del vicepresidente.

CIUDADANO: Gracias, señor presidente. Creo que sabiendo eso vamos todos a dormir mucho mejor esta noche.

TRICKY DA UNA CONFERENCIA DE PRENSA

SEÑOR LAMECULOS: Señor presidente, el debate que ha provocado su declaración de San Dementia, el pasado tres de abril, parece centrarse ahora en su inequívoca proclamación de su fe en los derechos del nonato. Muchas personas creen firmemente que está usted destinado a convertirse para los nonatos en lo que Martin Luther King fue para los negros norteamericanos, en lo que Robert F. Carisma fue para los desfavorecidos chicanos y puertorriqueños. No faltan quienes dicen que su declaración de San Dementia quedará en los manuales de Historia junto al muy famoso «Tengo un sueño» del doctor King. ¿Considera usted válidas estas comparaciones?

TRICKY: Bueno, desde luego, señor Lameculos, Martin Luther King fue un gran hombre y no nos queda más remedio que reconocerlo ahora que está muerto. Fue un gran líder en la lucha por la igualdad de derechos de su gente, y sí, estoy convencido de que tendrá un sitio en la Historia. Pero desde luego no debemos olvidar que no era presidente de Estados Unidos, como soy yo, ni estaba facultado por la Constitución, como lo estoy yo; y esta es una importante diferencia a tener en cuenta. Trabajando *dentro* de la Constitución, creo que yo podré lograr mucho más por los nonatos del país *entero* de lo que logró el doctor King, trabajando *fuera* de la Constitución, para los nacidos de *una sola raza*. Esto

no es una crítica al doctor King, sino una mera exposición de los hechos.

Ahora bien, desde luego, soy muy consciente de que el doctor King sufrió la trágica muerte del martirio... De manera que vamos a dejar una cosa muy clara a mis enemigos y a los enemigos de los nonatos: nadie se llame a engaño, lo que le hicieron a Martin Luther King, lo que le hicieron a Robert F. Carisma y a John F. Carisma antes que a él, todos ellos grandes norteamericanos, ni por un momento va a distraerme de la lucha que tengo por delante. Ni los extremistas ni los militantes ni los fanáticos violentos me impedirán, con sus intimidaciones, que traiga la justicia y la igualdad a los que viven en el seno materno. Y dejemos otra cosa perfectamente clara: no me refiero solamente a los derechos del feto. Me refiero también a los embriones microscópicos. Si alguna vez ha habido en este país un grupo de «desfavorecidos», en el sentido de no tener voz ni representación en el gobierno de la nación, no son los negros ni los puertorriqueños ni los hippies ni nadie, porque todos ellos tienen sus portavoces; los verdaderos desfavorecidos son esas criaturas infinitesimales alojadas en la placenta.

Mire usted, todos vemos la tele y todos vemos a los manifestantes y todos vemos la violencia, porque, desgraciadamente, es eso lo que crea la noticia. Pero cuántos de nosotros damos cuenta de que en este gran país nuestro hay millones y millones de embriones pasando por los más complejos y difíciles cambios de forma y estructura, y todo ello lo consiguen sin agitar pancartas delante de las cámaras y sin alterar el tráfico ni arrojar botes de pintura ni decir palabrotas ni vestirse de ropas exóticas. Sí, señor Osado.

SEÑOR OSADO: Señor presidente, ¿qué nos dice de esos fetos que el vicepresidente ha tildado de «agitadores»? Concretamente, creo que se refería a los que empiezan a dar pataditas ya en el quinto mes. ¿Le parece a usted correcto considerarlos «descontentos» e «ingratos»? En caso afirmativo, ¿qué medidas piensa usted tomar para someterlos a control?

TRICKY: Bueno, para empezar, señor Osado, me parece que en este punto nos hallamos ante una serie de sutiles distinciones jurídicas. Ahora bien, afortunadamente (*sonrisa traviesa y cautivadora*), ocurre que yo soy abogado y que ello me capacita para ocuparme de tan sutiles distinciones. (*Volviendo a ponerse serio.*) Creo que hemos de andarnos con mucho mucho cuidado en este asunto —y estoy seguro de que el vicepresidente estará de acuerdo conmigo— para distinguir entre dos tipos de actividad: *dar patadas* en el seno materno, que era en concreto a lo que el vicepresidente se refería, y *moverse* en el seno materno. Mire, el vicepresidente no dijo, a pesar de lo que haya podido contar la televisión, que *todos* los fetos activos que desarrollen actividad dentro del seno materno sean unos «agitadores». Nadie en este gobierno piensa así. De hecho, hoy mismo he hablado con el fiscal general, señor Malicioso, y con el señor Heehaw del FBI, y todos coincidimos en que cierto grado de movimiento en el seno materno, pasado el quinto mes, no solo resulta inevitable, sino que es *desearse* en un embarazo normal.

Pero, en cuanto a este otro tema, puedo asegurarle a usted que este gobierno no abriga la menor intención de quedarse mirando, sin hacer nada, mientras las mujeres norteamericanas reciben patadas en el estómago de una pandilla de cinco-mesinos violentos. Ahora bien, en general, hay que afirmar con toda rotundidad que nuestros norteamericanos nonatos son un grupo de nonatos tan maravilloso como el que más. Pero están esos pocos violentos que el vicepresidente ha calificado de «agitadores» y «descontentos», creo yo que sin incurrir en injusticia, teniendo en cuenta la pasión que suele poner en sus palabras. Y el fiscal general ya ha recibido instrucciones mías de tomar las medidas pertinentes contra ellos.

SEÑOR OSADO: ¿Puedo preguntarle, señor presidente, de qué medidas está usted hablando? ¿Se procederá a la detención de los fetos violentos? Y, en caso afirmativo, ¿cómo piensan hacerlo, exactamente?

TRICKY: Puedo afirmar sin miedo a equivocarme, señor Osado, que en este país poseemos los mejores organismos del mundo en lo tocante a imponer el cumplimiento de la ley. Estoy completamente seguro de que el fiscal general, señor Malicioso, sabrá resolver todos los problemas procesales que se presenten. Señor Respetuoso.

SEÑOR RESPETUOSO: Señor presidente, con todos los graves problemas nacionales e internacionales que lo acosan a usted continuamente, ¿puede decirnos por qué ha decidido consagrarse a esta cuestión de los derechos fetales, tan descuidada hasta ahora? Parece usted especialmente motivado en esta cuestión. ¿Cómo es eso, señor presidente?

TRICKY: Pues, señor Respetuoso, porque no voy a tolerar la injusticia en ninguna área de nuestra vida nacional. Porque la nuestra es una sociedad justa, no solamente para los ricos y privilegiados, sino también para los más desamparados de nosotros. Mire, últimamente se oye hablar mucho del Poder Negro, del Poder Femenino, el Poder tal, el Poder cual. Pero ¿qué pasa con el Poder Prenatal? ¿No tienen también ellos sus derechos, por muy membranas que sean? Yo, por mi parte, pienso que sí los tienen, y es mi intención luchar por ellos. Señor Astuto.

SEÑOR ASTUTO: Como ya sabrá usted, señor presidente, hay quienes afirman que en este asunto solo lo guían a usted las consideraciones políticas. ¿Puede comentarnos esto?

TRICKY: Bien, señor Astuto, supongo que es así como esa gente, con todo su cinismo, describe mi plan de introducir una reforma constitucional que ampliaría el voto a los nonatos, con tiempo para las elecciones del setenta y dos.

SEÑOR ASTUTO: Creo que es eso lo que tienen en mente, sí, señor. Afirman que al ampliar el derecho al voto a los nonatos neutralizará usted la ventaja que podría derivársele al Partido Demócrata por el hecho de que la edad de voto se haya rebajado a los dieciocho años. Afirman que sus estrategias, señor presidente, han llegado a la conclusión de que incluso si perdiera usted el voto de los comprendidos entre los

dieciocho y los veintiún años aún podría ganar una segunda legislatura si consigue llevarse el Sur, el estado de California y los embriones y fetos de todo el país, de costa a costa. ¿Hay algo de cierto en este análisis político de su súbito interés en el Poder Prenatal?

TRICKY: Señor Astuto, prefiero dejar que juzgue usted mismo, y los espectadores de su cadena de televisión, de modo que le contestaré en términos un tanto personales. Le aseguro que conozco muy bien las opiniones de los expertos. Muchos de ellos son personas que respeto, y claro está que tienen razón en decir lo que les parezca pertinente, aunque, claro, uno siempre espera que sea por el interés de la nación... Pero permítame recordarle algo, a usted y a todos los norteamericanos, porque este es un aspecto de la cuestión que viene pasando inadvertido dentro del planteamiento general del debate: yo no soy ningún recién llegado en el problema de los derechos de los nonatos. La verdad pura y simple, y ahí está el registro civil, a disposición de todo el mundo, es que yo fui nonato, en el gran estado de California. Desde luego que no siempre se llega a esta conclusión, viendo la televisión o leyendo los periódicos (*sonrisa traviesa y cautivadora*) en que algunos de ustedes escriben, caballeros, pero resulta que sí, que es la verdad. (*Volviendo a ponerse serio.*) De hecho, fui un nonato cuáquero.

Y permítanme recordarles —ya que parece necesario hacerlo, en vista de los depravados e irreflexivos ataques de que está siendo objeto— que el vicepresidente Como-se-llame, también fue una vez nonato, un nonato helenoamericano, y bien orgulloso que está de haberlo sido. Esta mañana, precisamente, hablábamos del asunto, de cuando fue un nonato helenoamericano, y me decía lo mucho que ello representaba para él. Y también lo fue el secretario Lard, nonato, y el secretario Codger, nonato, y el fiscal general... Vaya, podría ir enumerando uno por uno a los miembros de mi gabinete, estupendas personas, todos ellos, y todos ellos nonatos una vez. Incluso el secretario de Estado Flicke, con quien tuve

ciertas diferencias de opinión, como ustedes saben, había sido un nonato cuando formó parte de mi equipo.

Y si pasan ustedes revista a los líderes del Partido Republicano, tanto los del Congreso como los del Senado, se encontrarán ustedes con unos hombres que mucho antes de que los eligieran para el desempeño de un cargo público fueron nonatos en prácticamente todas las regiones de este país, en el campo, en las ciudades industriales, en los pueblos, a todo lo largo y ancho de esta gran república. Hasta mi mujer fue nonata. Incluso nuestros hijos, como ustedes recordarán, fueron nonatos.

Así que cuando dicen que Dixon se ha sacado de la manga el tema de los nonatos con la sola intención de ganar votos... Bien, pues hagan ustedes el favor de tener en cuenta la lista de personas previamente nonatas con quienes estoy relacionado, tanto en mi vida pública como en la privada, y decidan por sí mismos. De hecho, señor Astuto, lo que va usted a descubrir, creo yo, es que cada día que pasa la gente se va dando más cuenta de que en este gobierno los fetos y los embriones de Estados Unidos por fin tienen una voz que los represente. Señorita Encantadora, creo que ha levantado usted las cejas.

SEÑORITA ENCANTADORA: Iba a decir, señor presidente, que el caso es que el presidente Liando B. Johnson también había sido nonato antes de su llegada a la Casa Blanca, y sin embargo era demócrata. ¿Querría comentarnos este punto?

TRICKY: Señorita Encantadora, yo sería el primero en aplaudir a mi predecesor en este alto cargo por haber sido un nonato. No pongo en duda que fuera un feto destacado, allá en Texas, antes de acceder a la vida pública. No estoy diciendo que mi gobierno sea el primer gobierno de la Historia que se plantea el tema de los derechos fetales. Lo que digo es que nosotros sí que vamos a hacer algo al respecto. Señor Práctico.

SEÑOR PRÁCTICO: Señor presidente, me gustaría pedirle que nos diese su opinión sobre los problemas científicos que planteará la concesión del voto a los nonatos.

TRICKY: Sí, desde luego, señor Práctico, ha dado usted en el clavo al decir «científicos». Hay un problema científico de descomunales proporciones: que nadie se llame a engaño. Es más, sé que en los periódicos de mañana se alzarán muchas voces diciendo que es imposible, impracticable, un sueño utópico, etcétera. Pero, como bien recordarán ustedes, cuando el presidente Carisma se dirigió al Congreso en mil novecientos sesenta y uno y anunció que este país pondría a un hombre en la luna antes de que terminara la década, muchos se apresuraron a tildarlo de soñador imposible, también. Pero lo hicimos. Con conocimientos científicos norteamericanos y con un equipo norteamericano, lo hicimos. De igual modo estoy yo en la plena confianza de que nuestros científicos y técnicos se consagrarán a la tarea de llevar el voto a los nonatos... y no antes de que termine esta década, sino antes de noviembre de mil novecientos setenta y dos.

SEÑOR PRÁCTICO: Señor presidente: ¿puede darnos una idea aproximada de cuánto costará un programa acelerado como este?

TRICKY: Señor Práctico, pienso presentar al Congreso el presupuesto pertinente dentro de los diez próximos días, pero permítame decirle lo siguiente: nada grande se puede obtener sin sacrificio. Un programa de investigación y desarrollo como el esbozado por mis asesores científicos no se compra «barato». A fin de cuentas, estamos hablando del principio fundamental de la democracia: el voto. No puedo creer que los miembros del Congreso de Estados Unidos vayan a dejarse llevar por el partidismo político cuando se trata de dar un paso como este, que constituirá un gran adelanto no solo para nuestro país, sino también para toda la humanidad.

No se imaginan ustedes, por ejemplo, el impacto que esto va a tener en los ciudadanos de los países subdesarrollados. Ahí están los rusos y los chinos, que no dejan votar ni a las personas mayores, mientras nosotros, en Estados Unidos, invertimos miles y más miles de millones del contribuyente en un proyecto científico destinado a ampliar la franquicia del

voto a personas que no ven, ni hablan, ni oyen, que ni siquiera piensan, en el sentido habitual de la palabra. Sería una trágica ironía, de hecho, y, supongo, un signo muy revelador de la confusión nacional, por no decir hipocresía, si estamos dispuestos a enviar a nuestros muchachos a pelear y morir en países remotos con el fin de que los pueblos indefensos puedan elegir el modelo de gobierno que desean, en elecciones libres, y luego, aquí, en casa, siguiéramos negando este mismo derecho a un segmento entero de nuestra población, solo porque se da la circunstancia de que viven en la placenta o en el útero, en vez de vivir en Nueva York. Señor Cójame-en-contradicción.

SEÑOR CÓJAME-EN-CONTRADICCIÓN: Señor presidente, lo que más me sorprende es que hasta el día de hoy usted siempre se había distinguido, poniendo voluntad en ello, creo, sin llegar a desconectarse completamente de los estilos e ideas de los jóvenes, por cierto escepticismo al respecto. ¿No constituye esto, si se me permite utilizar el verbo constituir, un giro radical salir ahora en defensa de los derechos de quienes no son solamente «jóvenes», sino que de hecho se hallan en el período de gestación?

TRICKY: Bien, me alegro de que saque usted este tema a colación, porque creo que nos sirve para poner de manifiesto de una vez para siempre hasta qué punto llega mi flexibilidad, hasta qué punto estoy siempre dispuesto a escuchar y responder al llamamiento de *cualquier* grupo minoritario, por grande que sea su desamparo, con tal que sea razonable y no venga acompañado de violencia ni de palabrotas, ni arroje pintura. Si hiciera falta alguna prueba más de que no es necesario acampar en el césped de la Casa Blanca para llamar la atención del presidente, aunque esté en ese momento viendo un partido de fútbol por la tele, creo que en esto podemos hallarla, la prueba, en el ejemplo de estos pequeños organismos. Permítame que se lo diga, me tienen verdaderamente impresionado con su dignidad y su buena crianza. Ojalá to-

dos los norteamericanos llegaran un día a estar tan orgullosos de nuestros nonatos como yo lo estoy.

SEÑOR FASCINADO: Señor presidente, me tienen fascinado los aspectos tecnológicos de la cuestión. ¿Puede darnos usted una leve indicación de cómo van los nonatos a ejercer el voto? Me fascinan sobre todo los embriones del interior de la placenta, que ni siquiera han desarrollado el sistema nervioso aún, por no mencionar las extremidades que normalmente utilizamos en el acto de votar.

TRICKY: Bien, primero de todo, permítanme recordarles que nada en nuestra Constitución le niega el derecho a votar a un hombre solamente por su discapacidad física. No vivimos en esa clase de país. Tenemos aquí muchísimos discapacitados maravillosos, pero, claro, lo que pasa es que no son «noticia» para quienes se echan a la calle a manifestarse.

SEÑOR FASCINADO: Lo que yo apuntaba, señor presidente, no era que a estos embriones les fuera denegado el derecho al voto por carecer de sistema nervioso... A lo que me refiero es al fantástico *procedimiento* que ello implica. Así, por ejemplo, ¿cómo van los embriones a ponderar los pros y los contras y elegir de modo inteligente entre los candidatos, siendo así que no pueden leer los periódicos ni ver las noticias en la televisión?

TRICKY: Bien, me parece que acaba usted de exponer el más poderoso argumento que poseen los nonatos a favor de su derecho, y el porqué de que constituya un verdadero crimen haberlos tenido privados de este derecho durante tanto tiempo. Aquí, por fin, tenemos un enorme bloque de votantes que, sencillamente dicho, no se dejarán manipular por las versiones sesgadas y distorsionadas de la verdad que se presentan al público norteamericano a través de los diversos medios. Señor Razonable.

SEÑOR RAZONABLE: Pero ¿cómo van sus mentes, sus células, su núcleo interno, o lo que sea que tengan ahí dentro, cómo van a tomar decisiones, señor presidente? No faltarán

quienes piensen que los nonatos están en la más completa inocencia en todo lo que signifiquen las elecciones.

TRICKY: Inocentes serán, señor Razonable, pero permítame que le haga una pregunta, a usted y a los telespectadores: ¿qué tiene de *malo* la inocencia? Ya conocemos las palabrotas, el cinismo, ya conocemos el masoquismo y los golpes de pecho... Puede que una gran dosis de inocencia sea lo que le hace falta a este país para recuperar su grandeza.

SEÑOR RAZONABLE: ¿Todavía más *inocencia*, señor presidente?

TRICKY: Señor Razonable, si tengo que elegir entre el alboroto y la insurrección y el descontento, por una parte, y más inocencia, por la otra, creo que elegiré la inocencia. Señor Cachobruito.

SEÑOR CACHOBRUTO: En el supuesto, señor presidente, de que todo esto llegue a aprobarse antes de las elecciones del setenta y dos, ¿qué le hace suponer que los embriones y fetos, recién adquirido su derecho al voto, van a votar por usted, en lugar de hacerlo por el candidato demócrata? ¿Y qué hay del gobernador Wallow? ¿Cree usted que si vuelve a tomar parte en las elecciones no puede llevarse una buena parte del voto fetal, sobre todo en el Sur?

TRICKY: Se lo diré de este modo, señor Cachobruito: siento el mayor de los respetos por el gobernador George Wallow de Alabama, lo mismo que por el senador Hubert Hollow de Minnesota. Ambos son hombres muy capaces y, estoy persuadido de ello, se expresan con gran convicción en nombre de la extrema derecha, el primero, y de la extrema izquierda, el segundo. Pero el hecho es que nunca he oído a ninguno de estos dos caballeros, a pesar de todo su extremismo, alzar la voz en nombre del grupo más desfavorecido de Estados Unidos, es decir los nonatos.

Consiguientemente, faltaría a la verdad si no le dijera a usted que cuando llegue el momento de las elecciones, desde luego que los embriones y los fetos de este país van a acordarse de quién luchó por ellos, mientras los demás se con-

centraban en los temas más populares y más de moda. Creo que sí, que se acordarán de quién se consagró, en mitad de una guerra exterior y de una crisis racial interior, a la tarea de que este país se trocara en un lugar adecuado para que los nonatos estén orgullosos de vivir en él.

Mi sola esperanza es que lo que yo consiga en su nombre durante mi desempeño del cargo contribuya algún día a crear un mundo en el que *todos*, sin consideración de su raza, credo o color, sean nonatos. Creo que sí, que yo también tengo un sueño. Muchas gracias, damas y caballeros.

SEÑOR LAMECULOS: Gracias a usted, señor presidente.